



Fotografía: ThinkStock

Radiaciones

Ingrid Solana

PESADA, ROBUSTA Y COMPACTA TEJE LA LUZ en el centro de la habitación. Esta mañana permaneció silenciosa, abstraída en su calma densa y matutina. Observa a los habitantes atentamente; testigo sigiloso de la escena. En el día, la luz del sol se incorpora al mobiliario envejecido y abarca pausada las esquinas del amplio salón. Ilumina, poco a poco, los objetos breves resaltando sus contornos, avanza sobre las superficies, a veces se detiene en cualquier rincón. Ella, en cambio, coronando el centro del techo, permanece serena durante la jornada y se limita a ser un adorno más en el concierto de los objetos. Por la noche, un espectáculo de alegría se desenvuelve alrededor de sus pequeños cristales, electricidad distendida a lo ancho de los muros, trapecios y rombos que viajan de un lado a otro para proyectarse sobre la altura, abrojos de luz sobre las bomboneras, pequeños rastros lumínicos arrojados en las patas de los sillones, en las lámparas pequeñas sobre las mesas redondas y los ceniceros. Quiebres de luz encima de los escalones, dilatados conforme se avanza en la ascensión. Y allí se detiene, en el descansillo de la corpulenta escalera para desparramarse con toda su intensidad en ese espacio triangular y macizo, en el que tantas veces los habitantes detuvieron su risa o su llanto; quizá tan sólo su nostalgia.

Ahora mira. La proyección de un par de sombras que hablan con la voz alzada, haciendo retumbar chillidos y quejas que resuenan en el eco de la altura. Ella atiende: las sombras de los habitantes que hacen con sus voces un endemoniado remolino que viaja contra el suelo para dominar la casa. El ruido de los cuerpos contamina el reposo, trastoca la placidez, enciende el espacio con sus sonidos. La mujer empuña una taza de té a la que da sorbos rápidos de cuando en cuando. Él permanece cruzado de brazos en el primer escalón, recargándose sobre la barandilla. La



muchacha da vueltas de un lado a otro, abarca con sus ademanes la rutina, alumbra las esquinas oscuras del salón que todavía no han sido alcanzadas por la luz. Él interviene pocas veces; está cansado y adormecido por el vaivén de las palabras, por la subida de tono y la intensidad de las reclamaciones. Preferiría, seguramente, estar en cama todavía. Soñar con el centro de la luz y la enfebrecida calma de los sábados. Pero ahora está de pie frente a las increpaciones, una y otra, saliendo de esa boca demandante que apenas hace una hora se había detenido sobre su rostro con un beso cálido para darle los buenos días. Puede abarcar de tajo ese escenario molesto de tan familiar y atrapar las resonancias de su vida en el caserón. Y en vez de escuchar con atención los alegatos, su mente viaja en busca de esas respuestas, de esos recuerdos, de todas las circunferencias que producen los objetos alrededor de su memoria. Allá, en el sillón, puede ver a la abuela tejiendo bufandas una mañana de invierno; junto a la mesita, a su padre transcurriendo por las páginas de algún libro de aventuras; más al centro, al abuelo estirándose después de pasar un par de horas recostado sobre el canapé. Y él, arrinconado contra el baúl moviendo los cochecitos que la navidad arrojó en el árbol. Esas imágenes no le producen placidez,

tan sólo están ahí, una tras otra, hablando en voz baja, detrás de las lamentaciones de Mariana.

Ahora puede contemplar con gratitud la gigantesca araña que corona el techo; cuelga de él, cómoda, incisiva y relajada, mientras el cuerpo de Mariana se balancea debajo con sus gestos, con sus infinitas molestias, con todas las alergias que le produce el polvo. Es la quinta vez que Mariana le advierte de su incomodidad; está cansado de escuchar la repetida perorata; se encuentra exhausto de verla sufrir. Sabe que sus consuelos son vanos, que ella continuará padeciendo la casa que su familia le heredó y no puede hacer nada. Por instantes, desea que la lámpara caiga sobre su cabeza para que termine el ruido de su boca, la hondura de su boca, la tortura de esos labios que expanden el pensamiento y gritan cierto dolor. Pero contemplarla así, con la nariz enrojecida y los cabellos descompuestos, le produce esa fastidiosa compasión que suscitan los seres que amamos cuando están degradados. Permanece en silencio como la lámpara mientras observa el cuerpo de Mariana hecho una contracción. Cuando ella termina, se sienta deshecha en un sillón. La mira así, mitigada por el esfuerzo, retorcida dentro de sus nervios, vuelta un amasijo de cabellos y carne. Se acerca, le toca la cabeza, habla enceguecido por la

desesperación. *Limpiaremos la casa y ya no tendrás alergias. Cálmate, estamos juntos en esto. Lo haremos juntos.* Ella suspira, se calma. Entonces puede volver a amarla un poco.



Sobre la almohada hay un cabello de Mariana. Rafael lo mira con indiferencia, lo toma entre sus dedos, lo estira y lo coloca ante la luz de la lámpara. Su color se aclara; por un momento, es posible apresar el cuerpo ausente a través de esas células muertas, les queda una porción de humanidad mientras el otro cuerpo habita la lejanía. Puede escuchar el agua, el cuerpo bajo el agua durante el baño, el pensamiento de Mariana vibrando de satisfacción. Han pasado todo el día limpiando, Rafael está cansado pero todavía no tiene ganas de dormir. No podría precisar cuándo fue la primera vez que pensó en la muerte, pero acostado así, contemplando un cabello de su esposa, vuelve a recordar que debía de ser aquí, en esta casa, observado por tantos objetos y células muertas cuando los pensamientos sobre el suicidio cobraron consistencia. Le duelen las piernas y los brazos, pero aun así se levanta y decide transitar la casa.

Al pie de la escalera Rafael siente miedo. La oscuridad y su regazo, las sombras de los árboles sobre los tapices y los cuadros, el delirio de la

Fotografía: Alejandro Arteaga



noche que penetra el orden de las cosas lo hacen detenerse. Permanece así, sin deseos de prender la lámpara gigantesca. No tiene miedo de estancarse en la oscuridad sino de mirar con claridad todo contorno, toda herida en sus recuerdos, toda insatisfacción y quizá todo abandono. No quiere dar un paso más aunque debe hacerlo, aunque es necesario mirar y comprender toda claridad dolorosa. Pero sabe que la luz hace más daño que el cobijo de la sombra y entonces decide sentarse al pie de la escalera y mirar así su casa; la casa en la que nació y creció con esa imparcialidad con la que se mira la distancia, en esa oscuridad sorda y complaciente en la que los pensamientos fluyen hacia la nada. Rafael está allí, paralizado, suspendido, tibio entre toda la frialdad de los decesos. Y, como si todo el llanto guardado por la reciente muerte del abuelo hubiera sido reservado para ese momento flaco y anodino, Rafael llora. Tal vez por haber perdido todo, por haber quedado definitivamente huérfano. Entonces resulta confortable pensar que a veces la enfermedad se lleva todas las cosas para bien y, aliviado, deja morir a su padre, a su abuela y a su abuelo. Pero estos pensamientos lo irritan, y, como si quisiera dominar su temor, deseando librarse de él para siempre, enciende la luz de la lámpara central: sus ojos, heridos por lo resplandeciente, se quiebran en pequeños cristales de colores que no se apaciguan, pero una vez que pueden descansar, Rafael mira.



En el centro del salón, en lo alto, la única cosa que conserva el polvo del pasado: el pesado reflector que lo acompañó mientras crecía; lo demás permanece ahora manchado por el detergente, despojado de toda huella y de toda identidad. Rafael siente esa picadura sobre el pecho que lo desconsolaba en algunas épocas del año cuando miraba por la ventana, la sensación absurda que lo enfrentaba consigo mismo y de la cual no podía escaparse mientras las lilas tapizaban el suelo de abril. Se siente sorprendido por albergar ese sentimiento parco y soso que lo acompañó en la adolescencia y cuando partió de casa para estudiar en la universidad. Siempre al mirar por la ventana. Desde que conocía a Mariana no habían regresado esas sensaciones antiguas, incómodas, una especie de resistencia, siempre pensó, a madurar. Ahora esa nostalgia patética y angustiante estaba allí, en seco, como si quisiera recordarle que aún no estaba libre.

Con lentitud avanza hacia el canapé y se deja caer mientras aborda todas las cosas y la ventana a la distancia, inspeccionando su interior para descubrir por qué no está contento, por qué la casa pesa tanto. Lamenta haber prendido la luz, haber hecho claros los contornos. Todo permanece así, alumbrado en sus superficies y puede también entender su cuerpo como parte de todas esas siluetas, adherido a todos esos objetos, a ese suelo marcado por tantas pisadas, y no quiere mirar, pero mira. Entonces presagia su muerte, y con la nostalgia el temor se confunde en ese torbellino que lo atacaba cuando niño, cuando subía a la cama y pensaba en la muerte de la abuela como lo peor que podía pasar en el mundo. Ahora sólo revuelve sus cabellos tratando de encontrar esa salida de la angustia, recordando las escenas bellas que han colmado su vida con Mariana, aquella a la que ha prometido tener hijos. Ya puede imaginarlos corriendo en el caserón sin



Fotografía: ThinkStock

arrastrar tantas profecías angustiosas como él, sin cargar con el asma, con la casa, con las noches de terror en las que temía y deseaba morir al mismo tiempo, porque la muerte contenía ese movimiento doble como todos los sentimientos más intensos que se viven, como todo pensamiento agudo que nos acompaña desde la niñez hasta que todo termina. Deseaba continuar con el trayecto, con el orden de las cosas que él mismo había construido, con su vida enhebrada para liberarse, lejos de allí, de esa casa en la que no pudo correr nunca porque se ahogaba, de esos muros en los que sólo pensaba con nostalgia y temor. ¿Estaba todo allí, había podido descansar en otros sitios, viajando por el mundo, acostado sobre el regazo de Mariana? Ya no lo sabía. No sabía si era suficiente con marcharse. Recordaba con claridad las mismas sensaciones en la lejanía, cuando dejaba la casa, atenuadas pero allí, siempre allí, adentro del pecho, mordiéndose los músculos, sorbiendo

la sangre, haciéndolo un esclavo de su familia, de su crecimiento, del dolor que le producían las ventanas, los sitios abiertos: el cementerio del mundo.

Y Rafael no quiere mirar pero mira. Atacado por todas las sensaciones siente palpar el corazón con tanta fuerza que teme infartarse y terminar así de una vez por todas. Entonces se levanta del canapé para calmarse, para apaciguar a los caballos en su pecho y en el espejo no quiere mirar pero mira. En esa imagen contempla a un hombre de treinta y cinco años con una mirada más bien triste que nunca se ha quitado, que nunca se quitará, que arrastrará consigo hasta el instante de su muerte. Y con desesperación siente ganas de esconderse bajo la cama y de pensar en los rostros de los suyos en su funeral. Pero ellos ya no están, se los ha llevado la enfermedad, el tiempo.

Aterido por el frío que le producen todos estos pensamientos ya no desea mirar, pero mira. Ahí, en el cristal, se encuentra el reflejo de todas esas cosas que componen la arqueología de su existencia, el mapa de su transcurrir. Todo aquello le duele tanto que llora y entonces aparece esa imagen, la única quizá, aquella que lo ha convertido en esto, en ese hombre de anteojos con el pelo cano, envejecido prematuramente, que nunca pudo correr ni ser feliz por el asma. Y como si fuera a darle un ataque del mal respiratorio, recarga los brazos en el descanso de mármol coronado por el espejo y mira. Está muriendo. Algo en él está muriendo. Ya puede ver con nitidez ese pedazo de sogá tirado en el suelo, esa bata transparente ondeando mientras alguien cargaba aquel cuerpo negligente, esos ojos desviados que siempre lo acompañaron a todas partes con su picadura mortal. Y entonces, vagamente, en pedazos, fragmentos de otro tiempo infeliz, aquella noche luminosa aparece, encendida por aquel monstruo de luz que retiembla en el techo, que siempre ha evocado los cismas de aquellos instantes sepultados tiempo después; Rafael se mira entre aquellos adultos que

hablando y gritando trataban de encontrar respuestas, mientras él buscaba el cobijo del baúl. Ésa, su primera confusión, su primer desasosiego, era el origen, la piedra y el centro, el meollo de sí mismo. Y después en el cuarto, mientras nadie tenía tiempo de abrazarlo, de explicarle por qué mamá ya no estaría, Rafael volvió a encarnar esa nostalgia primera, ese desamor primero, ese desconsuelo que ahora lo quemaba con la falta de aire para respirar. Ya no puede mirar y ya no mira. A lo lejos, muy lejos, las pisadas de Mariana, el crujir de las escaleras, de la casa; la presencia contra los sonidos de la desaparición.

Rafael intenta dominarse y respira. Después, al pie de la escalera, sin voltear, apaga la luz y sube a su cuarto. En él, Mariana duerme; se acuesta, tembloroso, feliz de poder cobijarse en la oscuridad de la habitación. Afuera, la electricidad palpita fría en cada rincón abandonado a las sombras. ■■■

Fotografía: Alejandro Arteaga

